



HOMENAJES

Almeyda en el Partido Socialista

Belamino Elgueta

En el mes de agosto del presente año dejó de existir Clodomiro Almeyda, quien recibió en sus exequias el homenaje del mundo oficial, en un intento por secularizar su figura, hasta el punto de declararse duelo nacional. Fue despedido en el cementerio con una oración fúnebre por el Presidente de la República, Eduardo Frei Ruiz Tagle y el ejército en formación de línea disparó los consabidos 21 cañonazos. No es uno de los suyos, sino que se trata del mismo hombre, Canciller del Presidente Salvador Allende, contra quien se conspiró para derrocarlo del gobierno en 1973, se le despojó de su dignidad pública, se le arrestó y torturó, se le relegó a la Isla Dawson, por último, se le expulsó del país. Es el mismo hombre que, en 1988, fue procesado por "violentista" y "terrorista", de nuevo relegado arbitrariamente a Chile Chico, por el "delito" de optar por el regreso a su patria. Este es un acto de perplejidad y confusión en el Chile de los "jaguars".

Yo quiero, interpretando a muchos que fueron sus compañeros de lucha por tantos años, por un largo período histórico, rescatar su nombre de confusas compañías y presentar la imagen de su fantasía intelectual, opuesta a esa falsa realidad. Esta fantasía es la creación teórica y la lucha por grandes ideales, durante más de medio siglo, que compartieron miles de hombres, de revolucionarios, que murieron en la lucha o fueron asesinados por los discernidores de homenajes después de la vida,

pero que hasta hoy no son sujetos de justicia. Este rescate consiste en presentar a nuestro compañero, no como "santo de devoción" de sus enemigos, sino como un socialista, de la segunda generación de luchadores, después de Salvador Allende, Eugenio González y Raúl Ampuero, que hicieron diferencia en el pasado y proyectan el respeto en el presente. En este artículo me referiré a Clodomiro Almeyda en el Partido Socialista, con realismo, para extraer algunas conclusiones reflexivas, en medio de la crisis de la izquierda.

LOS INTELLECTUALES Y EL SOCIALISMO

Clodomiro Almeyda pertenece a la generación de 1940 si consideramos el tiempo en que se asoma a la historia. Nacido en 1923, se incorporó a la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, en 1940, aproximándose después al PS. Es el período de la Segunda Guerra Mundial, con sus dramáticas consecuencias en todo el mundo. Forma parte de un grupo de estudiantes, en el que destaca conjuntamente con Felipe Herrera y Carlos Altamirano, que actúan como independientes de izquierda, pero que hacia 1945 se incorporaron al PS, pasando a desempeñar un papel significativo en las luchas de la izquierda. En este partido es notable la relación del movimiento obrero con los intelectuales en la lucha

por el socialismo. Los dirigentes más lúcidos han buscado sus raíces ideológicas en los procesos históricos de su propio entorno, descubriendo los precursores de los movimientos de que han formado parte.

El socialismo chileno, en una primera etapa, encontró en Luis Emilio Recabarren su punto de referencia y, más tarde, durante su desarrollo emergieron notables intelectuales como Eugenio González y conductores políticos como Raúl Ampuero y Salvador Allende. Los tres fueron senadores y secretarios generales del PS. El primero, que fue rector de la Universidad de Chile, planteó como primera temática la relación del socialismo con la cultura. En efecto, el socialismo es una expresión de la cultura, del nuevo concepto de cultura, definido por Marx en el siglo XIX y por pensadores contemporáneos como Weber, Spengler, Scheller, Mannheim, Levy-Strauss y otros, todos conocidos por Eugenio González a través de sus profusas lecturas. Por su carácter antropológico, la cultura no se identifica como una parte de las actividades y productos humanos, sino con todo aquello que el hombre hace en cuanto hombre. Su diferencia con el viejo concepto es clara. No la limita sólo a las expresiones "nobles" del espíritu, como se consideraba en el lejano pasado, con una connotación clasista, por cuanto sólo ciertos sectores sociales tenían acceso a ella. Esta relación del socialismo con la cultura quedó contenida en la Fundamentación Teórica del Programa de 1947.

La segunda gran temática formulada por el socialismo chileno fue la definición de una nueva estrategia revolucionaria después de poco más de una década de su fundación. El arquitecto principal de esta obra colectiva fue Raúl Ampuero. Los primeros 12 años del PS fueron de crecimiento y aprendizaje. Producto de la unión del movimiento obrero con la teo-

ría marxista, se caracterizó como un partido de clase, que asumió la organización y dirección de los trabajadores. Este partido vive una crisis intermitente entre 1939 y 1943, provocada por el conflicto entre sus principios revolucionarios y la conciencia social tanto del partido como de los trabajadores. Es un ciclo de ocaso y recuperación. En él destaca, con luces propias, Ampuero, con el apoyo de la base no contaminada del partido. La conferencia de programa de 1947 definió un camino nuevo que conducía a la República Democrática de Trabajadores.

La tercera gran temática planteada por el socialismo chileno fue la lucha por el poder. La personalidad de Salvador Allende estuvo relacionada fundamentalmente con este proceso, pero él no entendió el concepto de poder como simple gusto por mandar y disfrutar de los bienes anexos al ejercicio de la autoridad, sino como instrumento para conquistar objetivos revolucionarios contenidos en sus programas de gobierno. La concepción del socialismo que tuvo Allende fue eminentemente democrática, pero él no confirió a esta característica sólo un sentido político, sino que desde el comienzo de su actividad pública le otorgó un alcance social y económico. En prueba de ello está su larga lucha por la libertad y la igualdad. Por la libertad contra dictaduras y facultades extraordinarias para reprimir a los trabajadores y por la igualdad contra la injusta distribución del ingreso. La unidad del movimiento popular lo condujo a la conquista de la Presidencia de la República, por la vía democrática. No por el golpe de estado, como lo hicieron sus enemigos.

LOS APORTES DE CLODOMIRO ALMEYDA

La vida y obra de Almeyda está íntimamente relacionada con las tres grandes temáti-

cas desarrolladas por los tres personajes del tríptico socialista y, por el conjunto del PS. La cultura es el primer campo en que desarrolla su actividad personal, desde su juventud y hasta su muerte, dedicando gran parte de su vida al estudio y la enseñanza. Colaboró asimismo en la formulación de la nueva estrategia socialista, que pasó de la institucionalización a la movilización, de la colaboración gubernativa a la vanguardia revolucionaria. Participó en la primera línea, por último, en la lucha por el poder, en el gobierno de la UP, presidido por Allende.

Su aporte es significativo en el campo de la cultura, particularmente en la educación. Desempeñó actividades académicas tanto en el nivel secundario como en el universitario. Fue profesor de filosofía en los liceos integrales de la Universidad Popular Valentín Letelier (1948-1952) y profesor de la Universidad de Chile en diversas escuelas y cátedras (1949-1973), de Economía Rural en la Facultad de Medicina Veterinaria, de Ciencia Política en la Escuela de Derecho, en la Escuela de Ciencias Políticas y Administrativas y en la Escuela de Economía. Además, se desempeñó como profesor de Introducción a las Ciencias Sociales en la Escuela de Ciencias Políticas y Administrativas, de Sociología Política y de Sociología del Subdesarrollo en la Escuela de Sociología.

Esta sola carga de trabajos, asumida durante 50 años, sería suficiente para distinguir a cualquier maestro, pero no para Almeyda. Por eso debo agregar su desempeño como director de la Escuela de Sociología de la Universidad de Chile, profesor de Actualidad Internacional en la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica, de Sociología Política en la Escolatira (posgrado), en los años 1967-1970. Durante su exilio ejerció la cátedra de Ciencia Política en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universi-

dad Nacional Autónoma de México y la de Ciencias Sociales en la Universidad Humboldt de Berlín. Asimismo fue distinguido con el título de Dr. *honoris causa* por las universidades de La Habana (Cuba), de Guadalajara (México), Humboldt (Berlín) y Wilhem Piek (Rostof).

Esta diversidad de conocimientos me trae a la memoria una reflexión muy actual de Eugenio González, formulada en 1928, cuando tenía sólo 26 años, sobre la "falacia de los expertos". Cualesquiera que sean las actividades humanas, el peligro de apreciaciones exclusivas y optimismos ligeros reside principalmente en los *especialistas*, quienes carecen por lo común de amplias perspectivas espirituales. El especialista "vive encerrado en un círculo de conceptos, de preocupaciones y de hábitos que lo privan de agilidad para una comprensión integral y profunda de los hechos circundantes". Una mayor precisión todavía. Para el especialista, la compleja vida social con sus problemas, sus intereses y sus valores, "gira en torno al ejercicio de su peculiar actividad y depende, en su adelanto posible, de la eficiencia de la función que el ejecute". Dénme una palanca y levantaré al mundo, dicen, como Arquímedes.

Esta palanca de los expertos se contrapone con las grandes transformaciones sociales, precisamente por la parcialidad de la visión, por su falta de coherencia con la realidad total. Esta falacia se percibe hoy, en la década de los noventa, cuando los economistas de derecha y de centro izquierda (los neoliberales) sostienen que el país está muy bien, por unos cuantos indicadores macroeconómicos, con desprecio de los otros sectores de la sociedad, como los sociales, políticos y culturales. Identifican equivocadamente crecimiento económico con progreso social. Esta misma percepción tuvo Almeyda. El no fue un especialista, sino un hombre culto, que se interesó por todas las

manifestaciones de los saberes, por el conocimiento de todos los problemas de la sociedad. Este comportamiento le permitió ser un revolucionario en una sociedad que es *unidad orgánica*, en la que ninguna de sus partes puede desarrollarse eficazmente en forma independiente.

UNA LARGA TRAYECTORIA POLÍTICA

Su trayectoria política comprende más de medio siglo. En 1946, colaboró desde el Departamento de Estudios Técnicos con el nuevo Comité Central, dirigido por Raúl Ampuero y del cual yo formé parte por primera vez, por decisión del XI Congreso General Ordinario del PS. Participó en la conferencia nacional de programa, celebrada en 1947, que aprobó un documento básico de orientación teórica y práctica. En el año siguiente, 1948, Almeyda fue elegido miembro del Comité Central, dirigido por Eugenio González, que yo también integré, por acuerdo del XII Congreso General Ordinario. Posteriormente, fue reelegido en todos los congresos del partido, con excepción del XX y XXI, celebrados en 1963 y 1965, hasta el XXIII, de 1971, realizado después de la victoria de Allende en 1970, en el que también estuvimos juntos. Su actuación política con posterioridad al golpe de estado de 1973 fue también ininterrumpida hasta su muerte en 1997.

En su primera etapa, comprendida entre 1948 y 1973, tiene una participación destacada en cargos públicos, en representación del PS. Ministro del Trabajo y de Minería (1952-1953), director de la Revista *Arauco* (1961-1965), integrante de la delegación del PS a la Conferencia Tricontinental de La Habana, en la cual se fundó la OSPAAAL (1966), formó parte también de la delegación de su partido a la fundación de la Organización Latinoameri-

cana de Solidaridad (OLAS) en la capital de Cuba (1967). En el gobierno de la UP desempeñó las carteras de Relaciones Exteriores, de Interior y de Defensa Nacional, así como la Vicepresidencia de la República por ausencia del Presidente Allende del país. El 11 de septiembre de 1973 estuvo en La Moneda, donde fue arrestado por los asaltantes del gobierno legítimo.

En una segunda etapa, comprendida entre 1973 y 1997, continuó sus actividades políticas conforme a su compromiso revolucionario. Conducido prisionero al Ministerio de Defensa y a la Escuela Militar, fue confinado a la Isla Dawson. En 1974 fue trasladado a Santiago, al Regimiento Tacna y a la Academia de Guerra de la Fuerza Aérea y, por último, al campo de concentración de Ritoque. En enero de 1975 fue expulsado a Rumania, desde donde se trasladó a México. De 1976 a 1979 actuó como miembro del Secretariado Exterior del PS y Secretario Ejecutivo de la UP, con sede en Berlín (RDA). Dividido el PS, en 1979, fue designado por el comité central cooptado del interior, Secretario General, en sustitución de Carlos Altamirano, que había sido expulsado por el sector oficialista. En 1987 regresó a su país, siendo relegado a Chile Chico. Posteriormente fue trasladado a la cárcel de Santiago y sometido a proceso, acusado de "terrorismo" y de promover la "lucha de clases". En ambos procesos fue condenado, pero recuperó su libertad después del plebiscito de 1988, que repudió al dictador Pinochet y a la derecha que lo apoyaba. En 1989 participó en la reconstrucción del PS, por la fusión de diversos sectores socialistas, y desde 1990 hasta el fin de sus días cooperó en las actividades de su partido, desempeñando por un breve período el cargo de embajador en Rusia.

Esta actuación política se tradujo en una obra escrita que comprende seis libros: *Hacia*

una teoría marxista del Estado, tesis de prueba para graduarse de abogado, con prólogo de Raul Anpuero (1948), *Reflexiones políticas*, recopilación de artículos periodísticos publicados entre 1955 y 1958 (1958), *Sociologismo e ideologismo en la teoría revolucionaria* (1972), *Liberación y fascismo*, recopilación de artículos y discursos de 1970 a 1976 (1977 y 1979), *Pensando a Chile*, recopilación de ensayos (1986) y *Reencuentro con mi vida*, obra autobiográfica (1987). Durante su vida publicó numerosos artículos, sobre diversas materias, tanto en Chile como en otros países.

LA CRISIS IDEOLÓGICA DEL PS

El PS sufrió el mayor impacto por la acción represiva del golpe militar y la consiguiente dictadura. Miles de militantes fueron asesinados o arrastrados a las cárceles y campos de concentración, numerosas direcciones locales y regionales fueron liquidadas. Cinco miembros del Comité Central, un diputado, otro ex diputado y un miembro del Comité Central de la FJS fueron también asesinados, 15 miembros del Comité Central del partido y 10 del Comité Central de la Juventud, todos los ministros y subsecretarios y 13 parlamentarios fueron encarcelados. Numerosos dirigentes seccionales, regionales y nacionales, así como de frentes de masas se vieron obligados a exiliarse. El PS sufrió la destrucción de su infraestructura básica y perdió por confiscación todos sus bienes inmuebles, medios de comunicación, vehículos, bienes muebles, máquinas e instalaciones de Prensa Latinoamericana (PLA) y equipos de trabajo. Toda esta expropiación, sin indemnización, se hizo en nombre de la defensa del capitalismo.

Durante la dictadura, la subsistencia se rigió por la clandestinidad (interior) y el exilio (exterior). El Comité Central se reconstituyó en

el país, a partir de un pequeño grupo fraccional, por medio de una supuesta *cooptación*, hasta ser reemplazados en un corto tiempo, todos o casi todos los miembros elegidos en el XXIII Congreso General de enero de 1971. Un típico método stalinista. Este procedimiento, en estricto sentido, consiste en la sustitución de algunos de sus miembros, por diversas causas, por la mayoría de los titulares. En el caso del PS, dicho mecanismo, que no estaba considerado en sus estatutos, se convirtió en un vicio, ya que esta especie de cooptación continuó desarrollándose indefinidamente por los propios cooptados. En el exterior se constituyó un secretariado ejecutivo, presidido por Carlos Altamirano.

La rigidez y falta de representación del Comité Central (cooptado), que no era otra cosa que un pequeño grupo encapsulado, provocó la generación de otros sectores, convertidos en direcciones nacionales, siendo el principal de ellos la Coordinadora Nacional de Regionales (CNR), que llegó a tener respuestas orgánicas en 27 países del mundo entre los exiliados. El sectarismo de todos estos grupos o sectores no permitió el desarrollo definitivo de ninguno de ellos, hasta el punto de que el sector oficial terminó por dividirse en 1979 en dos fracciones separadas. Una, el PS de Altamirano, y otra, el PS de Almeyda, sin mayores diferencias ideológicas, porque ambas se proclamaban todavía marxista-leninistas.

La posición política con que se proyecta el PS hacia el año 2.000, aparentemente diferentes, es el resultado de dos desviaciones posteriores al golpe militar experimentadas en las décadas anteriores, pero que se inspiran en una misma orientación central. La vieja política de *unidad nacional*, de amplias alianzas -de los trabajadores con la burguesía "progresista"-, de unidad de los partidos populares con los partidos de centro, en constante búsqueda de con-

senso sobre desarrollo económico y equidad social, dentro del marco del capitalismo. La primera -Frente Antifascista- se formuló en la década de los setenta y consistió en la subordinación al PC y a su política de unidad nacional, con la abierta convocatoria a la DC, en la lucha contra la dictadura y por la constitución de un gobierno de larga duración. Ante el fracaso de aquella, la segunda desviación se formuló en la década de los ochenta -la Concertación por la Democracia-, con un programa más moderado y con la exclusión del PC.

La DC, partícipe en la conspiración y el golpe de estado de 1973, se unió a los sectores en que estaba dividido el PS y toda la nueva alianza se sometió a las "reglas del juego" de la dictadura, y la derrotó en el plebiscito de 1988. La dictadura, en estricto sentido, se acaba al precio de la imposición de su *herencia* económica y política. En definitiva, la Concertación Democrática es la vieja política de alianzas del PC, pero sin su presencia en ella, que puso término a los crímenes políticos, pero sin justicia para las 3.197 víctimas mortales, con excepción de unos poquísimos casos.

En la primera desviación mencionada, el Comité Central generado por cooptación desde 1974 inició el proceso de desfiguración del pensamiento teórico y político del PS. Para eso, formuló un documento en que se alteró completamente esa concepción central, denominado *Documento de Marzo* (por haberse dado a conocer en ese mes de 1974), cuyas ideas principales se inspiraban en la alternativa estratégica del PC y, por lo tanto, asumían una posición crítica negativa sobre el Gobierno Popular, que daría base posteriormente a reducir a Allende a un simple demócrata. Este documento niega el pensamiento creado por el PS en sus primeros 40 años de existencia.

En la segunda desviación se apunta a la generación de un nuevo partido y, por lo tanto, a la sustitución del antiguo PS en la perspectiva de una alianza de gobierno de larga duración con la DC. La tesis del partido nuevo se relaciona estrechamente con la de reemplazo del partido por una especie de prestidigitación política: el "arte" de la renovación. La idea provino del MAPU. Esta operación fue llamada de superación política, por estimarse que aquella organización partidaria carecía entonces de vigencia histórica, por lo que no tenía otro destino que concurrir con diversos "destacamentos" a un proceso de convergencia en el que había que forjar "una nueva organización política superior". El objetivo de fundar un partido distinto, aunque no superior, parece logrado.

LAS RESPONSABILIDADES DE ALMEYDA

Clodomiro Almeyda tuvo una responsabilidad directa en la primera desviación. El se encontraba preso en el momento que se formuló el *Documento de Marzo* y, por lo tanto, no intervino en su elaboración, pero una vez en el exilio le dio su plena aprobación desde el Secretariado Exterior. La política formulada, como Frente Antifascista, a imagen y semejanza del PC, fracasó rotundamente por el rechazo de la DC. Posteriormente, Almeyda colaboró en el fortalecimiento de la UP y el desarrollo de nuevas alianzas en la izquierda. En la segunda desviación, él fue más reticente, a lo menos mientras estuvo preso por el regreso "no autorizado", siendo en principio contrario a la unificación con los grupos más "renovados", es decir, más derechistas, pero al final cedió también al proceso de pérdida del perfil socialista del PS. Algo parecido sucederá más tarde en el "Congreso Ideológico" de 1997.

No obstante lo anterior, no puedo extenderme en esta posición de Almeyda, sino que prefiero avanzar en su pensamiento escrito que, por lo general, es el que perdurará más. En el PS han sido pocos los dirigentes y militantes que han escrito sistemáticamente sobre teoría política y análisis respecto a la realidad nacional e internacional. Se cuentan con los dedos de las manos los que formularon por escrito propuestas programáticas orientadas a enfrentar las ideas predominantes. Entre esos pocos se encuentra Almeyda. Él se definió como marxista y aplicó su método de interpretación en los análisis de los fenómenos socioculturales. Él mismo señaló, desde luego, que "el pensamiento marxista permeó a buena parte de la intelectualidad de izquierda, y llegó hasta influir en el seno de las universidades "confesionales", no a través de intrusiones burocráticas y partidistas, sino mediante un natural proceso de difusión de categorías científicas que la propia práctica social iba revelando como capaces de dar cuenta y de interpretar la realidad social y el proceso de su transformación". Él agrega que este proceso no fue fácil, porque el ámbito ideológico ya estaba ocupado por corrientes novedosas del pensamiento burgués.

En su alegato ante el "tribunal constitucional" de la dictadura, en 1987, reveló su personalidad teórica y práctica, se definió como un luchador social, consecuente con su pensamiento ideológico. "Alguien podría argumentar, sin embargo, -dice- que mi vida, que mis hechos, que la forma como he actuado en la vida pública, en las organizaciones políticas, en el parlamento, en el gobierno, es una muestra de que soy un *violentista*, que esa vida, esa práctica mía es una demostración de que sustenté una teoría violentista, totalitaria y patrocinadora y apologista de la conflictividad social". Pero este razonamiento es falso, afir-

ma Almeyda. Explica a continuación que desde que ingresó a la universidad, se interesó por la política y comenzó a actuar en ella, siempre más desde una perspectiva ideológica -"pues soy, dice, un apasionado de la filosofía y las ciencias sociales"- y se interesó más en esa dimensión de la política que desde el ángulo meramente contingente de la actividad partidaria. No se trata de una disculpa, sino de una lección de cultura que ofrece a los gorilas del "tribunal constitucional".

En seguida, expresa que la concepción de la vida y la política que sustenta liga indisolublemente la teoría con la práctica. "El sustentar los ideales del socialismo marxista implica un compromiso práctico, lo implica necesariamente, está en la esencia del pensamiento marxista esta ligazón entre la teoría y la práctica, que queda muy bien ejemplificada en la conocida 1ª Tesis sobre Feuerbach, de Marx, en la que señala: "Los filósofos hasta ahora se han dedicado a interpretar al mundo, ahora les corresponde transformarlo". Almeyda reitera su pensamiento y acción. "La filosofía, en consecuencia, la ciencia social marxista, tiene un lazo indisoluble con la práctica, de manera que desde el momento en que yo internalicé los valores humanistas del marxismo naturalmente, como una indispensable e ineludible obligación moral, me incorporé a la política activa, a la lucha social".

No acepta, por tanto, que se haga un distinguo entre su condición de "hombre de estudio" y de "apologista de la violencia y el terrorismo". "No -dice Almeyda- soy una sola persona. Lo que pasa es que pienso. Y segundo, soy consecuente con lo que pienso. ¡Eso es! Y eso me ha llevado a participar en la vida política y social activa e integralmente, y las palabras que citaba ayer el Procurador General y que figuran en algún escrito mío, en el que sostengo que quien no es consecuente con

lo que piensa es una persona que está escindida espiritualmente, llegando hasta configurarse la figura inmoral de la *traición*, así lo es en realidad, así lo siento”.

El mejor método de defensa es el ataque. Por eso, Almeyda, después de presentar su vida como un libro abierto, ataca a los asaltantes del poder, convertido en dictadura. “Pero donde las cosas llegan hasta los límites del absurdo y lo increíble, es cuando se repara que quien me acusa ante este tribunal y ante las otras instancias judiciales que me procesan, por ser un peligro para lo que el régimen entiende por democracia, sea precisamente una institución autocrática, con claros rasgos autoritarios, surgida de un acto violentista de sedición contra un estado de derecho y que practica desde el poder el terrorismo de estado. Esa institucionalidad quiere proscribirme a mí de la vida política chilena por no ser un demócrata”. Acusa, en seguida, a los que ejercen la dictadura, de asumir un poder ilegítimo adquirido por el derrocamiento del gobierno constitucional de Salvador Allende por la violencia armada, de dividir más que nunca al país en pobres y ricos, al precio de miles de asesinatos políticos, generando odio de clase en los que dominan al país.

DEBATE EN EL PS EN 1992

Clodomiro Almeyda participó en el debate de los círculos dirigentes del PS, en el año 1992, con oportunidad de la preparación de un nuevo programa, que en definitiva no se perfeccionó. Entonces, Almeyda formuló un aporte en el que analizó diversas materias que pueden considerarse como bases teóricas de un programa, a la manera de la Fundamentación Teórica del Programa de 1947, elaborada por Eugenio González. En una introducción

metodológica parte de la premisa que “las ideas matrices inspiradoras de una fuerza política chilena, que en la actual circunstancia puedan servir de fundamento para levantar un proyecto democrático alternativo al neoliberalismo, al populismo y al ‘izquierdismo’ testimonial deben comenzar por caracterizar la situación actual del mundo en su conjunto y su problemática esencia, más allá de las apariencias”. El socialismo es un movimiento universal por su contenido y objetivos, como quiera que lucha por la igualdad y la justicia social. Es un proyecto para todos los seres humanos.

Almeyda rescató este sentido universal del socialismo marxista, a la luz del desarrollo de la cultura y la civilización en el siglo XX. “El proceso de internacionalización de la sociedad humana, que ha corrido a parejas con el desarrollo del capitalismo y del industrialismo-expresa- ha experimentado una acelerada intensificación en los últimos decenios originada por la llamada Tercera Revolución Científico-Técnica, de manera que la unidad e interdependencia de todas y cada una de las partes del mundo han alcanzado un nivel tal que los hechos singulares que ocurren en cualquier parte del orbe están sobredeterminados por lo que acontece en el mundo como totalidad. En otras palabras, el sujeto de la historia es ahora la humanidad como conjunto, y la unidad de análisis básica para estudiar la sociedad contemporánea es esa misma sociedad, entendida como unidad global”. Explica al mismo tiempo que todo esto debe entenderse sin desmedro de la articulación dialéctica entre los escenarios particulares -ya sean locales, regionales, nacionales, continentales- y la sociedad global. No desaparecen las identidades particulares, sino que se ligan de una nueva manera a la totalidad.

De acuerdo a este método de comprensión de los problemas globales de la unidad,

identifica un conjunto de cuestiones, cuyo desenlace compromete a toda la sociedad. En forma por demás sumaria, pueden señalarse los más importantes. El militarismo y el armamentismo, perturban la paz mundial, y acarrearán el despilfarro de cuantiosos recursos y afectan a la democracia. El consumismo genera en forma artificial necesidades superfluas. El libre juego de las "leyes del mercado" deteriora progresivamente el medio ambiente, poniendo en peligro, en el futuro, la subsistencia de la especie humana. La acumulación de la riqueza en los países capitalistas desarrollados y la radicación del hambre, la ignorancia, la enfermedad y la desocupación en los trabajadores del Tercer Mundo. La marginación de la sociedad y la exclusión del disfrute de sus beneficios de un tercio de la población de los países desarrollados. El avance material de la sociedad capitalista ha generado un paralelo vacío espiritual en ella, particularmente notorio en la juventud. "Las grandes cuestiones que afectan a la humanidad que se han mencionado -expresa Almeyda- demuestran que la actual sociedad, presuntamente satisfecha y vencedora, sin conflictos y sin historia, es sólo un mito y una mentira".

Almeyda replantea la relación de las partes y el todo, que en otro marco formulaba Eugenio González en 1928, como se mencionó en este análisis. "Las reflexiones anteriores -agrega- apuntan a que, en el mundo de hoy, más importante para la solución de cualquier problema puntual, es la respuesta que se dé a los problemas globales de la humanidad que el esfuerzo que se haga a nivel local por encontrar una salida al problema planteado". Pero en la búsqueda de esas soluciones no puede perderse de vista las profundas contradicciones de clases, "hasta hacer ocultar la realidad conflictiva que subyace en el trasfondo de las sociedades latinoamericanas y, en consecuen-

cia, los antagonismos sociales existentes en ellas, lo que no pueden disimularse con el uso y abuso de términos como "reconciliación social", "solidaridad nacional", "pragmatismo desideologizado" u otras semejantes, que amenazan convertirse en recursos ideológicos para defender el statu quo social y sus irracionalidades e injusticias, si no van unidos a la denuncia de la real situación de nuestros pueblos -por ejemplo, en Chile, la existencia de cinco millones de compatriotas que viven en extrema miseria- y a la lucha social para transformar de raíz esa inhumana realidad".

ACTUALIDAD DEL SOCIALISMO

En medio de la crisis que abate al socialismo en la década de los noventa, Almeyda mantuvo abierta su conciencia, en busca de nuevos caminos de lucha por el socialismo. En efecto, no obstante el derrumbe de una parte del "comunismo", con la Unión Soviética y sus satélites de Europa oriental, él defendió hasta su muerte la vigencia del socialismo y la actualidad de su lucha. En el análisis de la realidad contemporánea, percibía claramente en el mundo actual, como totalidad, los conjuntos de tendencias complementarias y a la vez contradictorias. Las primeras emergen de la esencia de la sociedad desde el punto de vista técnico y productivo, y las segundas encuentran su raíz también en esa esencia y conducen a despilfarrar el producto de esos avances y a empobrecer y alienar la existencia y la conciencia humanas. "El socialismo -afirma Almeyda- es el esfuerzo, la tarea y el objetivo del movimiento social que se ha venido desarrollando, desde mediados del siglo pasado hasta el presente, por superar las contradicciones de la sociedad capitalista, eliminando sus irracionalidades y sus injusticias". La grandí-

rectiva formulada por Marx en la mitad del siglo XIX no ha perdido su vigencia y actualidad.

Desde su nacimiento, el PS percibió la deformación del proceso de la revolución soviética, formulando una crítica severa en la Fundamentación Teórica del Programa aprobado en 1947. No obstante, Almeyda tuvo siempre una apreciación más tolerante hacia el "comunismo" que se expandió por el mundo. Pero, desde su derrumbe, realizó un análisis crítico sobre los prerrequisitos del socialismo y el colapso de los "socialismos reales", porque esas experiencias son útiles para todo el movimiento socialista mundial. Para superar las contradicciones de la sociedad capitalista es necesario plantearse de nuevo la maduración de las condiciones para ello, como lo formuló Marx en su tiempo. Ello significa el desarrollo de la economía a escala mundial, así como la generalización cultural que permita la formación de la conciencia social. La lucha por el socialismo supone, además, que sus virtualidades se desplieguen internacionalmente en concordancia con el desarrollo transnacional de las fuerzas productivas, que es su precondition fundamental, y una larga lucha por sustituir los valores imperantes en la conciencia de la sociedad y transformar las instituciones sociales en que aquellos cristalizan.

Las transformaciones en la estructura económico-social no pueden adelantarse nunca a los avances logrados en los ámbitos cultural, ideológico e institucional. "Si no se respeta esa secuencia, -explica Almeyda- las nuevas formas de convivencia social no podrán contar con el respaldo de las grandes mayorías y necesitarán de la coacción represiva para imponerse y subsistir, con todas las perversas consecuencias que ello conlleva". Es una empresa de todo un período histórico, que no se concilia, por lo tanto, en estricto sentido, con la construcción socialista en un solo país y menos to-

avía con el más atrasado. A la luz de las enseñanzas que entrega la reflexión sobre las experiencias frustradas de los "socialismos reales", se puede aseverar -agrega Almeyda- que una empresa como la que acometieron los revolucionarios rusos en 1917 "sólo pudo desarrollarse exitosamente en la dirección de la democracia y el socialismo si desde el punto de vista político hubiera sido posible conquistar la hegemonía ideológica en las conciencias y, por lo tanto un amplio apoyo y respaldo popular para el nuevo régimen, a la vez que se hubiera permitido el libre juego de las fuerzas democráticas en la sociedad".

Para la victoria definitiva de la revolución no sólo se requiere el cumplimiento de aquellas condiciones. "Igualmente, desde el punto de vista internacional, es desarrollo exitoso de la experiencia bolchevique dependía del triunfo de las fuerzas democráticas y socialistas en los países capitalistas avanzados, especialmente en Europa y/o de la disposición de éstos para cooperar con la revolución rusa en el campo del comercio, del crédito y de las inversiones, cosa que desde luego era imposible que ocurriera". En este mismo orden de las ideas, sobre la actualidad del socialismo, hay múltiples análisis de Almeyda, acerca de la revolución cubana, a la que dio su apoyo sin restricciones, la experiencia de la Unidad Popular, los legados de Salvador Allende, la historia del PS, la contrarrevolución de la derecha y el imperialismo, así como la lucha por el restablecimiento de la democracia.

EL PARTO DE LOS MONTES

La última actuación política de Almeyda está relacionada con el XXV Congreso General Ordinario, en el que se aprobó el "nuevo horizonte del PS", como una especie de réplica a

la Fundamentación Teórica del Programa de 1947. No es, desde luego, un programa, sino la base ideológica de un programa, que no se exhibe todavía, a pesar de los anuncios, pero que se practica desde el gobierno. En el documento mencionado se renuncia al socialismo y se asume un capitalismo "humanizado" o "cristianizado". No corresponde ahora hacer la crítica a este documento, sino sólo comentar la posición de Almeyda, quien presidió aquel congreso, pero no estuvo de acuerdo con todo el documento, como se dió a conocer públicamente.

En carta dirigida al presidente del PS, Camilo Escalona, Almeyda hizo un balance de los aciertos y las debilidades del documento aprobado.

En lo positivo, que él llamó activo, señaló la "articulación dialéctica" entre algunas ideas fundamentales, como democracia con socialismo, libertad con igualdad y desarrollo con justicia social. Según él, ese es el "nudo conceptual" con el que el PS se ha hecho presente en la base social de la Concertación por la Democracia, en el Parlamento y el Gobierno, después de la unificación del partido en 1989. En segundo término, aprueba la separación de aguas del pensamiento dogmático, que en el pasado él mismo había compartido, en cuanto a concebir la historia como un proceso lineal, y el socialismo como un intento de imponer desde arriba un determinado modelo de sociedad. Por último, le parece bien una mayor flexibilidad del partido, que permita un nuevo tipo de relación con las masas, que no las manipule, sino que tienda a orientarlas y servirles en sus luchas.

En lo negativo, que él llamó "pasivo", señaló el bajo perfil de lo específicamente socialista, en la identificación del ideario y del proyecto partidarios. Por la simple razón de que

el documento carece de una revisión adecuada de las contradicciones del capitalismo de hoy, que son insolubles dentro de este sistema, lo que confirma la vigencia del socialismo. Rechaza, por otra parte, la aceptación del liberalismo político como fuente del pensamiento socialista "sin señalar cómo lo más valioso del ideario liberal y humanista se limita y deforma en el seno de una sociedad capitalista dominada por las leyes del mercado. Esta caracterización del documento envuelve también, agrega, una omisión de lo distintivo en el criterio socialista para enjuiciar lo absoluto y lo relativo que se anida en el liberalismo burgués. Objeta asimismo la abstracción del concepto de libertad (yo agregaría de igualdad y justicia) sin referirse a las condiciones que pueden hacer las posible, sin aludir a lo que ocurre en los planos económico, social y político.

Raúl Ampuero, a sólo meses de su muerte, en una mezcla de penetración psicológica e ironía, enfrenta en su patético llamado al XXV Congreso del PS la vieja treta capitalista: "Algunos de nuestros intelectuales han acogido docilmente la tesis de la muerte de las ideologías a comenzar por la que sirvió de constante marco a las postulaciones del socialismo chileno. Sobre esta premisa se fundamentó el llamado a construir un partido "pluralista", de "ciudadanos", cruzado de tendencias o fracciones, donde el pragmatismo sería la fórmula rectora de la acción, inspirada a su vez en un conjunto de "ideales" (o valores) genéricos y abstractos, sin apoyo en la vida real. Con este rumbo el partido derivaría fatalmente en un Club de Debates en un ente benéfico, a mitad de camino entre la Sociedad Fabiana y el Ejército de Salvación". Una pre-visión cumplida en el XXV Congreso General denominado, no se por qué, "congreso ideológico".

La crítica de Almeyda comprendió otros aspectos, igualmente significativos, como el

débil enfoque internacional, cuando avanza la globalización en el mundo y progresa la integración económica y política en América Latina, la falta de articulación de la promoción de los derechos humanos a escala internacional con los principios de autodeterminación de los pueblos y de respeto a la soberanía nacional (un ejemplo claro es el bloqueo a Cuba por Estados Unidos y la Ley Helms-Burton), la ausencia de juicio sobre las fuerzas armadas y sobre las indispensables transformaciones democratizadoras que el país necesita. No se articulan tampoco ideas de planificación y libre competencia, ni se precisa el papel regulador del Estado, ni de las formas posibles de propiedad. Tampoco se menciona la protección del medio ambiente y, entre otras cosas, indica que el documento identifica "por los siglos de los siglos" al libre mercado como "normalidad económica". Su carta, como la de Ampuero, fue roncal archivo.

POR ENCIMA DE TODO, EL HOMBRE

La personalidad de Clodomiro Almeyda es insólita, con claras diferenciaciones del político común. Dominado por la curiosidad científica, fue un hombre de estudio, que estuvo siempre al tanto con los avances de la cultura. No limitó su actuación política sólo a la teoría, sino que realizó una práctica en la base. En sus primeros años de militante en el PS contribuyó, con su hermano Manuel, al desarrollo de la seccional de Providencia, donde militaban también numerosos obreros panificadores. Durante toda su vida participó en los diversos niveles del partido. Se destacó en Chile y el extranjero. No siempre sus ideas fueron claras y firmes, pero mantuvo un espíritu unitario en su partido y en el conjunto de la izquierda. Propulsor de la alianza socialista-comunista, fue crítico

en el pasado de la organización del PS, por sus debilidades y carencia de adecuada disciplina, y miró con simpatía la férrea estructura del PC.

En sus últimos años fue partidario de una mayor flexibilidad organizativa, rechazando tácitamente la concepción marxista-leninista, que él compartió desde la década del sesenta. No fue, sin embargo, un "renovado" químicamente puro. Desde el punto de vista teórico, al margen de sus propias contradicciones, mantuvo una afirmación socialista esencial. Se preocupó de la crisis de la izquierda, contribuyendo a la búsqueda de un camino alternativo. Militó hasta su muerte en el PS, con independencia de las fracciones en que se encuentra dividido el partido, y abierto a la izquierda extraparlamentaria. Presidente de la Casa de la Amistad con Cuba, apoyó desde sus inicios los trabajos del Foro por la Democracia y formó parte del Comité de Redacción de la revista *Encuentro XXI*.

Desde su juventud tuvo una convivencia democrática, de diálogo fácil, peripatético en sus clases universitarias y de un gran sentido de la modestia. En los años cuarenta, cultivó la bohemia política. Al revés de la imagen que proyectaba, fue siempre un hombre de coraje. Recuerdo discusiones de bar, en las que Almeyda, por vencer en las discusiones, fue desafiado a pelear en el Parque Forestal por un amigo común, más fuerte que él. No una vez, sino varias veces. El aceptaba el desafío, a pesar de su inferioridad física, como ese personaje del cuento *Sur* de Borges que, desafiado también a pelear con puñal, enfrenta el combate sabiendo que perdería, esta vez con la muerte, por respeto a su dignidad personal. La misma actitud tendrá en La Moneda el 11 de septiembre de 1973 y en su regreso a Chile en 1987.

No hubo correspondencia entre su vida

política y sus funerales. La *institucionalización* de su muerte no dice relación con su comportamiento personal. La Marsellesa socialista, que algunos jerarcas han propuesto suprimir, apenas se escuchó, como esas campanas de palo que doblan por los pobres, de que habla Martín Fierro, y el discurso de homenaje del PC, el partido hermano de Almeyda, no se autorizó.

En cambio, la DC y la Concertación Democrática, le rindieron el homenaje institucional contrariando la historia popular en la que él se distinguió. En suma, a Clodomiro Almeyda hay que juzgarlo por su trayectoria política y los aportes a la teoría. Pensamiento y acción. Como él quizá hubiera querido porque, por encima de todo, está el hombre. Un hombre excepcional, que naturalmente no fue perfecto.

NOTA

Las citas del pensamiento de Almeyda están tomadas del libro "Clodomiro Almeyda: Obras escogidas", Coedición del Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar y Fundación Presidente Allende (España); Editorial Antártica, Santiago, 1992.